

LA

NARANJA

MECÁNICA

ANTHONY

BURGESS

minotauro ESENCIALES

**LA NARANJA
MECÁNICA**

ANTHONY BURGESS

minotauro

La naranja mecánica

Copyright © International Anthony Burgess Foundation, 2012
Originalmente publicado como *The Clockwork Orange*

© Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 2022

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2023 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-0984-0
Depósito legal: B. 1.984-2021
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

—Entonces, ¿qué?

Allí estábamos yo, Alex, y mis tres drugos, Pete, Georgie y Lerdo, porque Lerdo es realmente lerdo, sentados en el bar lácteo Korova, aclarando los rasudoques para saber qué podíamos hacer esa noche, en un invierno flip, oscuro, helado y cabrón aunque seco. El bar lácteo Korova era un mesto de leche-plus, y quizá vosotros, oh, mis hermanos, habéis olvidado cómo eran esos mestos, porque las cosas cambian tan scori en estos días, y todos olvidan rápido, y tampoco se leen mucho los periódicos. Bueno, allí vendían leche más algo. No tenían permiso para vender alcohol, pero todavía no había ninguna ley contra meter algunas de las nuevas vesques que acostumbraban a colocar en el viejo moloko, de modo que se podía pitear con veloceto o sintemesca o drenchromo o una o dos vesques más que te daban unos agradables, tranquilos y horrorshóus quince minutos admirando a Boshe y al Coro Celestial de Angeles y Santos en el zapato izquierdo con luces que te estallaban en el mozgo. O podías pitear leche con cuchillos dentro, como solíamos decir, y eso te espabilaba y te

preparaba para una sucia veinte a una, y eso era lo que estábamos piteando la noche que empieza mi historia.

Teníamos los bolsillos llenos de dengi, de modo que realmente no hacía falta crastear más polli tolqueando a algún viejo veco en un callejón, y videarlo nadando en su propia sangre mientras contábamos lo pillado y lo dividíamos por cuatro, ni de usar la ultraviolencia contra alguna estari ptica temblequeosa de cabello gris en una tienda, y salir esmecando con las tripas de la caja. Pero como se dice, el dinero no es todo en la vida.

Los cuatro estábamos vestidos con lo mejor de la moda, que en esos días eran unas medias negras muy ajustadas con el viejo molde de la jalea, como lo llamábamos entonces, encajado en la entrepierna debajo de las medias, y esto era para protegerlo, y también una especie de dibujo que se podía videar bien bajo cierta luz, y yo tenía una araña, Pete tenía una ruki (es decir, una mano), Georgie una flor muy llamativa y el pobre viejo Lerdo una cosa bastante moñaloña con la litso (quiero decir, una cara) de un payaso, porque Lerdo no tenía mucha idea de las cosas y era, sin que ni siquiera Tomás lo dudara, el más lerdo de los cuatro. También llevábamos chaquetillas ajustadas sin solapas pero con hombreras abultadas (las llamábamos plechos) que eran una especie de farsa de tener unos hombros de verdad como esos. Además, mis hermanos, llevábamos al cuello esos pañuelos de un blanco tiza que parecían de puré de *kartoffel* o patatas con una especie de dibujo hecho con un tenedor. Llevábamos el pelo no demasiado largo, y calzábamos horrorshóus botas flip para patear.

—Entonces, ¿qué?

Había tres devushkas juntas en la barra, pero nosotros éramos cuatro malchikos y normalmente aplicábamos lo de uno para todos y todos para uno. Las nenas también iban vestidas a la última, con pelucas púrpura, verdes y anaranjadas en las gúivers, y

cada una les habría costado por lo menos tres o cuatro semanas de sueldo, calculo, y un maquillaje a juego (arco iris alrededor de los glasis y la rot pintada muy ancha). Además llevaban vestidos largos y negros muy rectos, y en su parte de los grudis pequeñas chapitas plateadas con los nombres de distintos malchikos. Joe, Mike y otros así. Se suponía que eran los nombres de los diferentes malchikos con los que se habían espateado antes de los catorce. No paraban de mirar hacia nuestro lado, y estuve a punto de decir (por supuesto, torciendo la rota) que saliéramos para tener un poco de pol y dejar atrás al pobre viejo Lerdo, porque sería suficiente con kupitearle un demilitre de blanco, pero esta vez con un poco de sintemesca, pero eso no habría sido juego limpio. Lerdo es muy muy muy feo y como su nombre, pero un luchador horrorshóu y sucio y muy hábil con la bota.

—Entonces, ¿qué?

El cheloveco que estaba sentado a mi lado, porque era uno de esos asientos largos afelpados que cubría tres paredes, estaba muy lejos con los glasis vidriosos y mascullando slovos, como «los ciclámenes de las insulsas obras de Aristóteles consiguen forfículas listas». Sin duda, estaba en la tierra de todo bien, ido, en órbita, y yo sabía cómo era eso, porque lo había probado como todos los demás lo habían hecho, pero en ese momento me puse a pensar que era una vesque bastante cobarde, oh, hermanos. Te quedabas ahí después de beber el viejo moloko, y se te ocurría el misel de que las cosas de alrededor como que pertenecían al pasado. Todo lo videabas bien, todo muy claro, las mesas, el estéreo, las luces, las nenas y los malchikos, pero era como una vesque que solía estar allí pero que ya no estaba más allí. Y te quedabas como hipnotizado por la bota, o el zapato o la uña de un dedo, por ejemplo, y al mismo tiempo era como si te agarraran del cogote y te sacudieran como que a un

gato. Te sacudían y te sacudían hasta que no quedaba nada. Perdías el nombre y el cuerpo y a ti mismo, y no te importaba en absoluto, y esperabas hasta que la bota o la uña del dedo se te ponían amarillas, más amarillas, cada vez más amarillas. Después las luces comenzaban a estallar como las atómicas, y la bota o la uña del dedo, o quizá un poco de mugre en el fondillo de los pantalones, se convertían en un mesto grande grande grande, más grande que todo el mundo, y te iban a presentar al viejo Boshé o Dios cuando todo se acabara. Volvías al aquí y ahora como gimoteando, con la rot abierta y preparada para llorar en plan bubububuu. Todo muy bonito, pero muy co-barde. No te han puesto en esta tierra para estar en contacto con Dios. Esa clase de cosas pueden chupar toda la fuerza y la bondad de un cheloveco.

—Entonces, ¿qué?

El estéreo estaba encendido y se te hacía la idea de que la go-los del cantante se movía de un lado al otro del bar, que subía hasta el techo y luego bajaba de nuevo y zumbaba de una pared a otra. Era Berti Laski chillando un antiguo éxito realmente estari que se llamaba *Me levantas la pintura*. Una de las tres pticas de la barra, la de la peluca verde, movía la barriga adelante y atrás al compás de lo que llamaban música. Sentí que los cuchillos del viejo moloko empezaban a punzar, y supe que ya estaba preparado para un poco de veinte a uno.

—¡Fuera fuera fuera fuera! —aullé entonces como un perraco y luego le pegué un chillido al veco que estaba sentado junto a mí, bien lejos, y le craqueé horrorshóu en el usho, el agujero de la oreja, pero él no lo notó y siguió con su «material telefónico y la farfarculule se pone rubadubdub». Lo sentiría sin duda cuando volviera de donde quiera que estuviera.

—¿Adónde vamos? —preguntó Georgie.

—Oh, vamos a caminar un poco y a videar qué pasa, oh mis hermanitos —le contesté.

Así que nos largamos a la gran noche invernal y paseamos por el bulevar Marghanita, y luego giramos para entrar en la avenida Boothby, y allí encontramos justo lo que estábamos buscando, una broma malenka para empezar la noche. Era un veco que parecía maestro de escuela, estari y temblequeoso, con gafas y la rot abierta al frío aire de la noche. Llevaba unos libros bajo el brazo y un paraguas baratucho y doblaba la esquina procedente de la biblio pública, que no mucha liude utilizaba en esos tiempos. La verdad es que no se veía demasiada gente del tipo del viejo estilo burguiso después del anochecer, por la escasez de policía y por nosotros los magníficos y jóvenes malchikos que habíamos, y este cheloveco de tipo profe era el único que caminaba en toda la calle. Así que guljateamos hacia él y le dijimos muy corteses:

—Disculpe, hermano.

Parecía un malenki puglivi cuando así como nos videó a los cuatro, que nos acercábamos tan tranquilos, educados y sonrientes, pero contestó:

—¿Sí? ¿Qué pasa? —dijo con una golos muy alta, de maestro de escuela, como si intentara demostrarnos que no se sentía puglivi.

—Veo que llevas unos libros bajo el brazo, hermano —le comenté—. Es sin duda un raro placer en estos tiempos encontrarse con alguien que todavía lee, hermano.

—Oh —respondió todo tembloroso—. ¿De veras? Ah, ya veo.

Y siguió mirándonos uno tras otro, y se vio en medio de un círculo muy sonriente y educado.

—Sí —añadí—. Me interesaría enormemente, hermano, que tuvieras la cortesía de dejarme ver qué son esos libros que

llevas bajo el brazo. No hay nada que me guste más en el mundo que un libro bueno y limpio, hermano.

—Limpio —repitió—. Limpio, ¿eh?

Y entonces Pete le eshcativó los tres libros y nos los pasó realmente scori. Éramos tres, y todos teníamos uno para videar, menos Lerdo. El mío se llamaba *Cristalografía elemental*, así que lo abrí,

—Excelente, realmente de primera —dije mientras pasaba las páginas. Entonces exclamé, con una clase de golos muy asombrada—: Pero ¿qué es esto? ¿Qué significa este sucio slovo? Me ruborizo al ver esta palabra. Me decepcionas, hermano, de veras que me decepcionas.

—Pero —intentó contestar—, pero, pero...

—Bueno, aquí tengo algo a lo que llamaría realmente sucio. Veo un slovo que empieza con f y otro con c.

Tenía un libro llamado *El milagro del copo de nieve*.

—Oh —dijo el pobre Lerdo, esmoteando por encima del hombro de Pete, y fue demasiado lejos, como siempre hacía—. Aquí dice lo que él le hizo a ella, y hay una foto y todo. Vaya, no eres más que un viejo mierda repulsivo de mente sucia.

—Un viejo de tu edad, hermano —dije, y empecé a destruir el libro que me había tocado, y los otros hicieron lo mismo con los suyos, y Lerdo y Pete tiraron de cada extremo de *El sistema romboédrico*. El estari de tipo profe comenzó a crichar.

—Pero si no son míos, son del municipio, esto es pura maldad y vandalismo —soltó con otros slovos por el estilo. Y trató algo así como arrebatararnos los libros, y resultó ser una escena como bastante patética.

—Te mereces recibir una lección, hermano. Eso es.

El libro sobre cristales que yo tenía estaba muy encuadernado, y era difícil razrecharlo en pedazos, era muy estari, y hecho

en el tiempo en que las cosas se hacían como para durar, pero me las arreglé para arrancar las páginas y echarlas al aire como si fueran copos de nieve, aunque grandes, por encima del viejo veco que crichaba, y entonces los otros hicieron lo mismo con los suyos, y el viejo Lerdo se puso a bailar a su alrededor como el payaso que era.

—Ahí los tienes —dijo Pete—. Ahí tienes los restos de los cereales, asqueroso lector de basura repugnante.

—Viejo veco salido —añadí, y comenzamos a filiar con él.

Pete le sujetó las rukis y Georgie consiguió como abrirle la rot a tope para que Lerdo le arrancara los zubis postizos de arriba y de abajo. Los tiró al suelo y los machaqué con la bota al viejo estilo, aunque eran como más duros que una piedra, porque estaban hechos de algún tipo de plástico horrorshóu. El viejo veco se puso a hacer unos shums como uuf, aaf, uuf, así que Georgie le soltó los gubas y le propinó un puñetazo con la mano llena de anillos en toda la rot desdentada. Ahí fue cuando el viejo veco comenzó a quejarse de lo lindo y luego a sangrar, hermanos míos, qué belleza. Así que nos pusimos a quitarle las platis hasta dejarlo en camiseta y calzoncillos largos (tan estaris que Lerdo casi se muere de risa) y ya por último Pete le dio una estupenda patada en la panza y lo dejamos irse. Se alejó como tambaleándose, a pesar de que no había sido un tolque tan fuerte realmente, gimiendo ay, ay, ay, sin saber dónde estaba o qué había pasado realmente, y nos reímos de él y después le rebuscamos en los bolsillos, mientras Lerdo bailaba a su alrededor con el viejo paraguas, pero no llevaba mucho. Había unas pocas cartas estarias, algunas de 1960 con «Mi muy querido» en ellas y todas esas chepuchas, y un llavero y una pluma estaria que perdía tinta. Lerdo dejó de bailar su danza del paraguas, y por supuesto tuvo que empezar a leer en voz alta una de las cartas, como para demostrar a la calle desierta que sabía leer.

—«Querido mío —recitó con una golos muy aguda—, pensaré en ti mientras estás lejos, y espero que te acuerdes de abrigarte bien cuando salgas de noche.»

Luego soltó una esmecha muy shumy, jo, jo, jo, y fingió como que se limpiaba el yama con la carta.

—Bueno. Basta, hermanos míos —les dije.

En los pantalones del veco estari solo encontramos algo de malenki laja, que es dinero, apenas tres golis, así que las tratamos con desprecio y las tiramos, porque era alpistachi comparadas con la cantidad de polli que ya llevábamos. Después partimos el paraguas y le razreceamos los platis, y los tiramos para que se los llevara el aire, hermanos míos, y así acabamos con el asunto del veco estari con aire de profe. No habíamos hecho gran cosa, lo sé, pero no era más que como el comienzo de la noche y no voy a pedir discul-piti-dinas ni a vosotros ni a nadie. Los cuchillos de la leche-plus ya estaban pinchando de forma agradable y horrorshóus.

Ahora había que hacer algo samari, que era un modo de gastar un poco de dinero para que tuviéramos algo como incentivo para crastear una tienda, además de ser un modo de pillar de antemano una coartada; de modo que fuimos todos al Duque de Nueva York, en la avenida Amis, y por supuesto allí estaban metidas tres o cuatro viejas babushkas piteando pivos negras pagados con la AE (Ayuda del Estado). Ahora fuimos unos malchikos muy buenos, que daban las buenas noches sonrientes a todo el mundo, pero las viejas y arrugadas mecheras comenzaron todo a estremecerse, les temblaban las viejas rukis venosas y eso hacía que el pivo se saliera y salpicara la mesa.

—Dejadnos tranquilas, muchachos —dijo una de ellas, con la cara cuarteada por tener más de mil años—. Solo somos unas pobres ancianas.

Pero les enseñamos los zubis, zas, zas, zas, nos sentamos, tocamos la campanilla y esperamos que viniese el muchacho. Cuando apareció, todo nervioso y frotándose las rukis en el delantal griasni, le pedimos cuatro veteranos, que es una mezcla de ron y licor de cereza, que era muy popular entonces, aunque algunos lo preferían con un chorrito de lima, que era la variante canadiense.

—Sírvalos a esas pobres viejas babushkas un algo alimentario —le dije al muchacho—. Mucho whisky para todas, y algo para llevarse.

Y esparcí sobre la mesa todo el dengi que llevaba, y lo mismo hicieron los otros, oh, hermanos míos. Así que les sirvieron orofuegos dobles a aquellas mecheras estarias y asustadas, y ellas no supieron qué decir o hacer. Una logró decir un «Gracias, muchachos» pero veías que pensaban que se venía algo malo. De todas maneras, a cada una se le dio una botella de Yank General, que es coñac, para llevársela, y pagué para que a la mañana siguiente les mandaran una docena de pivos a cada una de ellas, y tenían que dejar sus apestosas direcciones de zhenas viejas. Después, con la laja que nos quedaba compramos, hermanos míos, todos los pasteles de carne, *pretzels*, aperitivos de queso, patatas fritas y chocolatinas que había en aquel mesto, y también eso era para las viejas mecheras.

—Volvemos en una minuta —les dijimos luego.

Las pticas nos dijeron «Gracias, muchachos» y «Que Dios os bendiga», y salimos sin un centavo de laja en los carmanos.

—Uno se siente realmente dobi, así es —dijo Pete.

Se videaba que el pobre viejo Lerdo el lerdo no poneba nada de aquello, pero que no decía nada por miedo de que lo llamaran glupi y atontao sin cabeza. Bueno, doblamos la esquina para ir a la avenida Attlee, y vimos todavía abierta la tienda

de golosinas y cánceres. Los habíamos dejado tranquilos durante casi tres meses, y todo el barrio había estado muy tranquilo en general, y por eso los milicentos armados o las patrullas de rozos no pasaban mucho por allí, y estaban más bien veía al norte del río en esa época. Nos pusimos las máscaras, que eran nuevas, realmente horrorshóus, bien hechas, realmente. Eran caras de personajes históricos (te decían el nombre cuando las comprobabas); yo tenía a Disraeli, Pete tenía a Elvis Presley, Georgie tenía a Enrique VIII, y el pobre viejo Lerdo tenía un veco poeta llamado Pebe Shelley; eran como unos disfraces auténticos, con pelo y todo, fabricados con una vesque plástica muy especial, que se podía enrollar cuando habías terminado y esconder en la bota. Entramos tres, y Pete montó chasovo afuera, aunque tampoco había de lo que preocuparse allí fuera. En cuanto entramos en la tienda fuimos a por Slouse el encargado, un veco que parecía un montón de gelatina de oporto que videó de inmediato lo que iba a pasar y que se dirigió directo a la trastienda, donde tenía el teléfono y quizá la pushka bien engrasada, con las seis balas de mierda. Lerdo dio la vuelta al mostrador, scori como un pájaro, haciendo volar paquetes de pitillos y derribando un gran anuncio recortado en el que una devushka les mostraba a los clientes unos zubis resplandecientes, y tenía los grudis casi fuera para anunciar una nueva marca de cánceres. Lo que se videó después fue una especie de bola grande que rodaba por la trastienda, detrás de la cortina, y que eran el viejo Lerdo y Slouse entrelazados en algo así como una lucha a muerte. Se esluhaban jadeos, bufidos y patadas detrás de la cortina, y vesques que caían, y palabrotas y luego cristales que se rompían crash crash crash. Madre Slouse, la mujer, estaba como petrificada detrás del mostrador. Sabíamos que se pondría a crichar «¡Asesinos!» en cuanto pudiera, así que pasé al

otro lado del mostrador muy scori y la agarré, y era un bulto bien horrorshóu que era, con mucho niuxat a perfume y con unos grandes grudis flojos que temblequeaban. Le apliqué la ruki sobre la rot para impedir que chillara muerte y destrucción a los cuatro vientos celestiales, pero la señora perra me propinó un mordisco grande y feroz y fui yo el que crichó, y luego abrió la boca a base de bien con un chillido flip para atraer a los milicentos. Bueno, hubo que tolquearla en condiciones con una de las pesas de la balanza, y después darle un golpecito con una palanqueta para abrir cajas, y eso sacó a la roja como una vieja amiga. Así que la tiramos al suelo y le arrancamos los platis para divertirnos un poco, y le dimos una patadita suave para que parara de gemir. Y al videarla allí tumbada, con los grudis al aire, me pregunté si hacerlo o no, pero que eso era para más tarde. Así que limpiamos la caja, y lo que sacamos esa nochy fueron horrorshóu, y cada uno agarró unos cuantos paquetes de los mejores cánceres, y luego nos largamos, hermanos míos.

—Era un cabrón grande y fuerte de verdad —repetía Lerdo.

No me gustó el aspecto de Lerdo; parecía sucio y desarreglado, como un veco que había estado en una pelea, lo que había hecho, por supuesto, pero uno nunca debe parecer que lo has hecho. Tenía el pañuelo del cuello como si se lo hubieran piso-teado, le habían arrancado la máscara y tenía polvo del suelo en el litso, así que lo llevamos a un callejón y lo limpiamos un mal-enki mojando los tashentukos en saliva para chistitearle la mure. Las cosas que hacíamos por el pobre Lerdo. Volvimos muy scori al Duque de Nueva York, y calculé por mi reloj que no habíamos estado fuera más de diez minutos. Las viejas y estarias babushkas todavía estaban allí, con los whiskies, los pivos que les habíamos pagado, y las saludamos.

—Hola, chicas, ¿qué tal?

Ellas empezaron de nuevo:

—Muy amables, muchachos, Dios os bendiga, chicos.

Tocamos el kolokolo otra vez y esta vez vino un camarero diferente y pedimos cerveza con un poco de ron, porque estábamos muertos de sed, hermanos míos, y también lo que quisieran las viejas pticas. Luego, les hablé a las viejas babushkas:

—No hemos salido de aquí, ¿verdad? Todo el tiempo estuvimos aquí, ¿no es cierto?

Todas pillaron la indirecta muy scori, y respondieron:

—Eso es, muchachos. No os hemos perdido de vista ni un momento. Dios os bendiga, muchachos. —Y siguieron bebiendo.

En realidad, no es que importara demasiado. Pasó una media hora antes de que los milicentos dieran señales de vida, y solo aparecieron dos rozzos muy jóvenes, muy sonrosados bajo los grandes schlemos de cobre. Uno dijo:

—¿Saben algo de lo que ha pasado esta noche en la tienda de Slouse? —preguntó uno de ellos.

—¿Nosotros? —respondí haciéndome el inocente—. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Un robo con paliza. Dos hospitalizados. ¿Dónde habéis estado esta noche?

—No me gusta ese tono desagradable —reliqué—. No me preocupan esas desagradables insinuaciones. Todo esto indica una naturaleza muy recelosa, hermanitos míos.

—Estuvieron aquí toda la noche, muchachos —empezaron a crichar las viejas babushkas—. Que Dios los bendiga, no hay grupo de muchachos más bueno y generoso. Aquí han estado toda la noche. Ni moverse los vimos.

—Solo preguntábamos —dijo el otro milicento joven—. Tenemos que hacer nuestro trabajo como cualquiera.

Pero antes de marcharse nos lanzaron una desagradable mirada de advertencia. Mientas se alejaban, les lanzamos un poco de música de labios: prrrr. Pero, lo que era yo, no pude evitar sentirme un poco decepcionado tal y como estaban las cosas. No había nada contra lo que pelear de verdad. Todo parecía tan fácil como un bésame los sharris. De todas maneras, la noche era todavía muy joven.